

CLAVES DE ESPIRITUALIDAD CRISTIANA PARA TIEMPOS DE SUFRIMIENTO

Prof: Darío Mollá Llácer

Aula de estudios sobre la religión
XXX Curso de Teología
04 de febrero de 2014

0.- Situando mi reflexión...

Pienso que debo comenzar esta reflexión clarificando el sentido de su título. Y ello por dos motivos. El primero, porque supone una cierta variación con respecto al título que se me propuso y que se había anunciado. Variación que, con todo, creo que es fiel a la demanda que se me había hecho. En segundo lugar, porque el título que propongo nos sitúa ya en la perspectiva desde la que voy a hablar.

El título anunciado era “Una espiritualidad para tiempos de dificultad”. En el que yo he formulado hay tres variantes con respecto al inicialmente solicitado.

En primer lugar, se concreta, ya desde el comienzo, de qué espiritualidad voy a hablar. Porque espiritualidades hay muchas, pero la espiritualidad que yo vivo y conozco, y desde la que pienso y hablo, es la espiritualidad cristiana, la del evangelio de Jesús. Y añado más: con un toque ignaciano.

En segundo lugar (y éste es para mí el cambio más significativo), he sustituido la expresión “tiempos de dificultad” por “tiempos de sufrimiento”. Dificultades puede haber muchas y de muy variado signo, según quien hable y según quien las padezca. Y según qué dificultades se subrayen éstas van a más o van a menos, los tiempos son de más dificultad o de menos dificultad, estamos saliendo de la crisis o no. La expresión “tiempos de dificultad” me queda muy abstracta, mientras que “tiempos de sufrimiento” me habla de personas, familias, situaciones muy concretas y cercanas, que son una fuerte interpelación.

Me pregunto, pues, qué espiritualidad nos puede ayudar mirando al sufrimiento de tanta gente. La persona de Jesús es una persona afectada radicalmente en su vida, en sus palabras, en sus compromisos por el sufrimiento humano, y, especialmente, por el sufrimiento de los más débiles y de los pobres. Y no puede ser otra una espiritualidad que desea seguirle. Una espiritualidad muy afectada y muy urgida por tanto sufrimiento como estamos viendo y padeciendo. Una espiritualidad de solidaridad y justicia.

Añado, finalmente, una tercera expresión: “claves”. ¿Por qué? Porque entiendo que la espiritualidad cristiana es una: no hay una espiritualidad distinta para tiempos benignos y otra para tiempos difíciles, como hay prendas de vestir para invierno y prendas de vestir para el verano. Pero que sí que es verdad que en determinadas situaciones hay que subrayar más o activar más unos aspectos o actitudes más que otros. Los tiempos de consolación piden unas actitudes y estrategias y los tiempos de desolación piden otras.

No voy a hacer un largo elenco de “claves” con la pretensión, que casi siempre resulta frustrada, de decirlo todo y de que esté todo. Me voy a limitar a tres claves que me parecen fundamentales y plenamente vigentes en la situación que vivimos. Mi elección y selección es absolutamente intencionada y subjetiva, con las ventajas e inconvenientes que tiene cualquier selección subjetiva: el inconveniente de ser parcial y limitada, pero la ventaja de ser consciente y comprometida.

1. CUIDAR NUESTRA CONTEMPLACIÓN

Imagino que para muchas personas el que cite el “cuidar la contemplación” como primera clave de espiritualidad para tiempos de dificultad puede resultar sorprendente, desconcertante e incluso sospechoso. Pero pido que, antes de emitir un juicio, clarifiquemos un concepto y nos respondamos a una pregunta, para después ir sacando conclusiones.

El concepto a clarificar es el concepto mismo de contemplación en la espiritualidad cristiana. Definir contemplación con mirar a las nubes o al vacío es caricatura. Identificarla con apartar los ojos de la realidad es confundir contemplación con evasión. Tampoco utilizo el término contemplación en el sentido de contemplar la belleza de la naturaleza. Lo específico de la contemplación cristiana, el sentido en el que yo uso esta palabra, es contemplar a la persona de Jesús, su evangelio, sus acciones y sus palabras. Evidentemente el cristiano puede disfrutar con provecho de la contemplación de la belleza natural o de la creada por la persona humana, y hacer de esa contemplación un medio de encontrarse y reconocer al Ser Supremo. Esta es una contemplación buena, enriquecedora, que humaniza a quien la practica, compartida con personas de sensibilidad humana, creyentes y no creyentes. Pero la contemplación específicamente cristiana, de la que yo hablo, es la contemplación de Jesús el de Nazaret.

Y hagámonos ahora una pregunta. Pensemos por un momento de dónde le viene a ese Jesús que contemplamos el amor preferente por los pobres, la sensibilidad en la manera de tratarles, la profundidad del mensaje que les dirige, la fuerza para actuar sobre sus miserias, el coraje para defenderles. Ciertamente, no de una ideología: Jesús no perteneció a los grupos más ideologizados de su tiempo, como eran, en sentido opuesto, los zelotas

o los saduceos. Tampoco de su pertenencia a grupos que conocían y practicaban, incluso con escrupulosidad, la ley como los escribas o los fariseos. Ni la ideología ni la ley son la fuente de la valoración y de la preferencia de Jesús por los pobres. Es su contemplación del Padre, y el captar que en el centro del corazón del Padre, contemplado y amado, están los pobres, lo que convierte su propio corazón a los pobres. Y el modo de actuar de Jesús con los pobres no pretende ser otra cosa que continuidad con la misma acción del Padre que saborea en su contemplación. Así lo explica El mismo cuando es interpelado por curar a un pecador saltándose la ley del descanso sabático: *“El Hijo no hace nada por su cuenta si no se lo ve hacer al Padre. Lo que aquél hace lo hace igualmente el Hijo”* (Juan 5, 19).

Nosotros no podemos contemplar al Padre, pero sí que podemos contemplar a Jesús, que es el que con sus hechos y palabras, nos manifiesta al Padre. Y en esa contemplación ser transformados, e ir adquiriendo las actitudes y los sentimientos de Jesús, su modo de ver la vida, sus preferencias, sus actitudes. Creo que muchos coincidiréis conmigo en que también a nosotros, a la hora de la verdad, y sobre todo en los tiempos de dificultad, ni las ideologías ni las leyes, nos sitúan y nos hacen permanecer con los pobres. Es la contemplación y la convivencia con Jesús y sus amigos los pobres la que alimenta y nos sostiene en nuestra solidaridad y nuestro compromiso, la que nos mueve hacia ellos de un modo imparable. Más allá de nuestra propia experiencia personal, podemos acudir para comprobarlo a la biografía de cualquiera de los testigos del evangelio que sobresalen en su compromiso con los pobres.... desde Francisco de Asís a Teresa de Calcuta, desde Vicente de Paúl a Carlos de Foucauld, desde Pedro Arrupe a Oscar Romero...

Sinceramente, pienso que la contemplación atenta, amante, sostenida, de la persona de Jesús es el fundamento de una espiritualidad cristiana comprometida con el sufrimiento humano y, especialmente, con el sufrimiento de los pobres. Pero no sólo eso. En la contemplación de Jesús descubrimos también, y podemos hacer nuestro, el modo propio y particular de acercarnos a las personas que sufren, el modo evangélico. Y ello es muy importante: no sólo movidos por la contemplación de Jesús, sino al modo del Jesús que contemplamos.

Y de ese modo quiero subrayar tres características que me parecen especialmente importantes en nuestro tiempo y circunstancias.

El cariño de Dios por sus criaturas les concede a todas la dignidad de hijos. Una dignidad inviolable, indiscutible y fuente de los derechos de toda persona humana. Esa dignidad da su auténtico valor a todas y a cada una de las personas. Todas son importantes para Dios, ninguna se puede perder, la salvación de una sola de ellas produce una alegría desbordante en el cielo. Y eso es lo que Jesús expresa cuando habla de un pastor que por evitar que se pierda una sola oveja, deja a otras noventa y nueve, o de que en el cielo hay más alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse (Lucas 15, 3-7). Por desconcertante que resulte para nuestra

mentalidad cuantitativa este mensaje evangélico, la contemplación de Jesús nos remite una y otra vez a él.

Sí, la dignidad de las personas no es cuestión de estadísticas o porcentajes. Cada persona es digna por sí misma, y no por formar parte de un grupo más o menos numeroso o influyente, más o menos poderoso o peligroso. Aún solitaria, desprovista de poder o influencia, débil hasta la impotencia, toda persona es digna. Aún sin historia, sin familia, sin techo, sin cultura, sin higiene, sin salud, toda persona es digna.

El dolor o la muerte de cada persona, de sólo una persona, es el dolor de Dios y debe ser el dolor cristiano aunque sólo represente un porcentaje ínfimo de la realidad. Sólo un joven que se suicida por desesperación personal ante la desesperante e inútil búsqueda de oportunidades profesionales y personales, sólo un anciano que vive con menos salud por no poder co-pagar sus medicamentos necesarios con una pensión cada vez con menos valor adquisitivo, sólo un inmigrante de muerte oscura entre los centenares que pasan por cualquiera de los CIES son el dolor de Dios y merecen todo nuestro compromiso. La contemplación nos enseña que la dignidad humana no es cuestión de estadísticas o porcentajes.

Pero sigamos contemplando... Contemplemos ahora en el evangelio el modo cómo Jesús trata a los pobres que se acercan a El, o a quienes El se acerca. Es un trato lleno de delicadeza, de respeto, de sensibilidad. Un trato que promueve el diálogo interpersonal y que la otra persona sea capaz de reencontrarse con sí misma y con sus valores y posibilidades, con su dignidad quizá acallada u olvidada. En suma, un trato que ayuda, pero nunca humilla al otro.

Hay una breve frase, repetida una y otra vez en el evangelio que resume este modo de situarse y de tratar al pobre y al que sufre sin humillarle: *“Hija, tu fe te ha sanado. Vete en paz y sigue sana de tu dolencia”* (Marcos 5, 34). El Jesús que libera no pide a cambio ni gratitud ni esclavitud; no se atribuye al milagro, sino que lo vincula a la fe de las personas liberadas: porque no hay nadie tan indigente que no tenga nada que aportar como persona. Y somos invitados a partir de aquello que la otra persona tiene y aporta.

Pienso que también es importante contemplar esto en estos tiempos nuestros en que parece que vuelve una beneficencia lastimera y efímera, quizá de mucho impacto mediático, pero que humilla a las personas, y contra la que, evangelio en mano, tendríamos que ser muy críticos. Con su lucidez habitual ya advertía sobre esto Benedicto XVI en su Encíclica “Dios es Amor” al definir la caridad cristiana, el modo de amor evangélico a los pobres:

“... La íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte así en darme a mí mismo; para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona. Éste es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad

ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo –la cruz- y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente...” (1)

Hay aún un tercer elemento que la contemplación de Jesús en el evangelio nos pone de manifiesto y nos recuerda. Jesús no sólo ayuda a los pobres y excluidos personalmente, sino que combate con un vigor, una radicalidad y una claridad extraordinaria el sistema que genera toda esa exclusión y que la legitima en nombre de Dios. Y es por eso por lo que le mataron: no por hacer milagros, sino por denunciar el sistema que en nombre de Dios legitimaba el sufrimiento y la exclusión de la gente.

No hay caridad sin justicia. Ni solidaridad sin lucha por la justicia. Lo recuerdan, una vez más, las palabras de Benedicto XVI:

“La caridad va más allá de la justicia, porque amar es dar, ofrecer de lo mío al otro; pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es suyo, lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar. No puedo dar al otro de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde. Quien ama con caridad a los demás, es ante todo justo con ellos. No basta decir que la justicia no es extraña a la caridad, que no es una vía alternativa o paralela a la caridad: la justicia es inseparable de la caridad, intrínseca a ella. La justicia es la primera vía de la caridad...” (2).

En la sociedad de Jesús era el Dios manipulado de la Ley el que justificaba esa exclusión, y contra ese Dios y sus adoradores predicó y luchó Jesús desde su contemplación de Dios como Padre. En la sociedad de hoy son otros los dioses y los ídolos que quieren legitimar, explicar e incluso justificar la necesidad de tanto sufrimiento. Sus nombres los conocemos todos. Alguien ha dicho que la tarea cristiana hoy no es tanto afirmar a Dios ante los ateos, sino defender a Dios de los idólatras. Solidaridad y justicia se necesitan para ser ambas verdaderas: la justicia hace a la solidaridad auténtica, cristiana; la solidaridad da a la justicia corazón y rostro humano.

2. MANTENER ACTIVO NUESTRO DISCERNIMIENTO

La palabra “discernimiento” tiene varios significados y abarca diversas actividades espirituales. En el contexto y en el espacio posible de esta reflexión, me fijaré sólo en dos de ellas: el discernimiento como examen, como valoración y criba entre lo que es auténtico y lo que no, siguiendo la indicación del apóstol San Juan: *“Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, antes comprobad que los espíritus proceden de Dios; pues muchos*

¹ Benedicto XVI, Encíclica “Dios es Amor”, nºs 34 y 35.

² Benedicto XVI, Encíclica “La caridad en la verdad”, nº 6.

falsos profetas han venido al mundo” (1ª Juan 4, 1); y el discernimiento evangélico como toma de decisiones en clave de evangelio.

Movidos por la contemplación a favor de los que sufren, el discernimiento nos permite ser lúcidos en nuestro análisis de lo que sucede y sus causas y ser también lúcidos y evangélicos en las decisiones que nuestra solidaridad con los que sufren nos pide.

Estos tiempos difíciles y de sufrimiento son también tiempos de confusión, de discursos más o menos interesados y falaces, de mentiras y de verdades a medias, de ocultamientos y enmascaramiento. Siempre, a lo largo de la historia, ha sido así: la injusticia que es socialmente insoportable trata de ser justificada con discursos mentirosos y engañosos que la oculten, la disminuyan, la justifiquen o la hagan soportable. Y por ello el que los cristianos seamos lúcidos es condición para ser activos contra la injusticia y en favor de los que sufren. Por eso es clave hoy cuidar la actitud de discernimiento. El discernimiento ignaciano nos recuerda además, que la gran habilidad del padre de la mentira es aparecer como ángel de luz. Las mentiras más peligrosas y dañinas, porque son las más difíciles de detectar, son aquellas que, en principio, suenan a verdad.

Quiero comprometerme y señalar tres campos concretos para este necesario discernimiento en la situación que estamos viviendo. Discernimiento necesario para mantenernos lúcidos y activos en la proclamación de los valores del evangelio en el aquí y ahora de nuestra sociedad.

El primero el discernimiento que reafirma cuáles han de ser los valores prioritarios que deben condicionar las decisiones o las políticas que se toman en el día a día, y que deben marcar su evaluación. Han de ser los que tienen que ver con la dignidad de la persona, sus derechos y la justicia. No podemos aceptar sin más criterios que desde instancias económicas, sociales o políticas se adoptan y pasan por encima de estos criterios básicos. Ciertamente las realidades son complejas y, por tanto, los problemas son complejos y no de fácil solución en una línea o en otra. Pero hay unas prioridades y una jerarquía en los criterios de decisión. Criterios que hemos de tener claros y exigir, pues aunque suelen estar reconocidos en nuestras leyes básicas, se olvidan en las prácticas concretas.

El segundo campo de discernimiento tiene que ver con los lenguajes que se utilizan socialmente, que se nos quieren imponer a través de poderosos medios, y que, sin embargo, son lenguajes que no podemos asimilar y hacer nuestros, sin más. Porque no hay lenguajes inocentes, y por eso el lenguaje es materia de discernimiento. Voy a poner dos ejemplos bien concretos: uno muy llamativo y otro más sibilino.

El ejemplo llamativo de ese lenguaje perverso es eso de llamar “concertinas” a las vallas con cuchillas o a las cuchillas de las vallas de Melilla. Casi nadie sabíamos qué era eso de las “concertinas”; si uno mira el diccionario, se encuentra con que “concertina” es un determinado tipo de acordeón. Hablar de concertinas, hacernos utilizar esa palabra

desconocida e inocua, es la manera de ocultar y enmascarar palabras que son socialmente problemáticas como muralla o cuchillas.

Un caso más sibilino es el famoso y reiterado discurso sobre los “emprendedores”. Discurso que, a primera vista, suena incluso bien. Discurso de políticos, empresarios de éxito o anuncios de televisión de algunos bancos. Me limito a leerlos un párrafo de una lúcida reflexión de un cristiano competente en la materia y lúcido como Josep M^a Lozano sobre esta palabra:

“... Me parece que ciertos elogios del emprendedor... no son en absoluto inocentes. Y menos aún en boca de según quién. Responden a una tendencia ideológica que consiste en convertir los problemas sociales en problemas personales o en déficits de capacidades. Tengo la sensación de que se está imponiendo lentamente una nueva definición de parado: dícese de alguien que no tiene espíritu emprendedor... Me parece que cierta retórica forma parte de una operación ideológica para convertir las desigualdades sociales en culpas personales...” (3)

Y un tercer terreno de discernimiento es el de las afirmaciones a medias porque sólo consideran una parte del problema o sólo se dicen desde una perspectiva. “Disminuye el paro o aumentan las contrataciones”, ¿pero qué tipo de contrataciones?; “España está ya de vuelta”, dice J.P. Morgan: ¿qué ciudadanos/as de España están ya de vuelta?; “el PIB aumenta el 0,3% en el cuarto trimestre, ya no hay recesión”: ¿y eso cómo repercute en las políticas sociales y en las condiciones de vida de los más pobres?... No se trata, en absoluto, de ser ni agoreros ni profetas de calamidades; sin duda, hay que alegrarse si disminuye el paro o mejora el PIB; pero no a costa de dejar de ser lúcidos y de seguir preguntando las preguntas que no se plantean o no se contestan porque con incómodas.

Decíamos también, al comienzo de este apartado, que el discernimiento evangélico es necesario para que tomemos nuestras decisiones desde criterios evangélicos. También las que nosotros como personas, comunidades e instituciones tomamos cada día en esta situación. Porque si nos quedamos simplemente en culpar de la crisis o de los sufrimientos a banqueros, políticos y demás círculos de poder, sin mirarnos a nosotros mismos también nos quedamos a medias. Como San Ignacio propone en los Ejercicios, mirando a los crucificados de hoy también nosotros hemos de preguntarnos con honestidad: ¿hay algo que hemos hecho mal nosotros en esta situación?, ¿cómo estamos actuando ahora?, ¿hay algo más qué deberíamos y podríamos hacer? Ese es también nuestro discernimiento y nuestra responsabilidad.

Y en este sentido quiero dejar sobre la mesa dos cuestiones que afectan, de modo particular, a nuestro discernimiento como cristianos y como Iglesia.

³ Josep M^a Lozano: “Que se reinventen ellos”, publicado en el Blog de Cristianisme i Justicia el 21 de mayo de 2013.

Discernir es decidir desde el evangelio. Lo que importa en un discernimiento evangélico, es el desde dónde decido, cuál es el criterio último de nuestras decisiones, y el para qué o para quién decidimos, cuál es el horizonte en el que queremos decidir. No se trata sólo de decidir de una manera razonable y sensata: eso está bien, es necesario, el discernimiento incluye razonabilidad y sensatez: pero eso sólo no es discernimiento. Porque, además, puede no ser lo mismo lo razonable y sensato desde mí o en la salvaguarda de mis intereses o de mi seguridad, que lo razonable y sensato desde los que sufren. Desde dónde decido y para quién decido. Por eso dice San Ignacio que uno se pregunta y decide *“Imaginando a Cristo Nuestro Señor delante y puesto en cruz...”* (EE n° 53).

Finalmente, apuntar que en este tema de un discernimiento evangélico activo hemos insistido mucho en la Iglesia, y es necesario hacerlo, sobre el discernimiento individual, que es la base de todo discernimiento. Hemos insistido menos, pero también bastante, en el discernimiento comunitario: del que somos más teóricos que practicantes. También eso está bien, y estaría aún mejor si lo practicáramos más y mejor. Pero hay una carencia que se deja notar mucho en estos tiempos de crisis y sufrimiento, donde nos jugamos mucho, tenemos menos recursos personales y económicos, y las urgencias sociales son, sin embargo, mucho mayores: hemos insistido mucho menos y hemos practicado muy poco el discernimiento institucional: el de desde dónde y para quién ponemos en juego nuestros recursos personales, económicos e institucionales. Y si nuestras decisiones institucionales no se toman en ese desde dónde y en ese para quién del discernimiento tenemos mucho peligro de que la distancia entre nuestros documentos y nuestras prácticas pueda llegar a ser insoportable.

3. AGRADECER Y COMPARTIR LA ESPERANZA

Finalmente, hay que hablar de la esperanza, como actitud clave para sostenernos en la apuesta y la solidaridad por los pobres y por los que sufren, apuesta que no es nunca fácil y que muchas veces es costosa y no reconocida.

Hablando de esperanza, se impone, antes que nada, agradecerla porque la esperanza es un don. Un precioso don de Dios. Un don de Dios unido y en interacción con los otros grandes dones que El nos da que son la fe y el amor. La fe sostiene la esperanza, y la esperanza proyecta la fe sobre las situaciones de nuestra vida concreta, sobre nuestro aquí y ahora. La esperanza nos sostiene en el día a día del amor, de un amor que es entrega en luz y en oscuridad, en agradecimiento y en incomprensión, y porque el amor, y especialmente el amor a los pobres y a los pequeños fortalece la esperanza.

Quiero hacer hincapié en esta última afirmación: la cercanía y la entrega a los pobres y a los que sufren fortalece la esperanza. A esto Jon Sobrino lo llama *“el escandaloso milagro*

de la esperanza” (4). Junto a los pobres y pequeños, en el servicio y la entrega a los más vulnerables, y pese a tocar muy de cerca las heridas del mundo, o precisamente por ello, nuestra esperanza crece y se consolida. Es un milagro imposible para escépticos y distantes, pero constatable en la experiencia de una convivencia sostenida, y no siempre fácil, con ellos. Porque con ellos y en ellos se descubre y se aprenden las mil formas y los mil rostros de la auténtica esperanza. Benjamín González Buelta lo ha expresado de un modo tan vivencial como poético, a partir de su propia experiencia personal:

“En la cultura popular encontramos una solidaridad que enfrenta las emergencias de cada día y que permite sobrevivir. Nadie sabe cómo circula la ayuda discreta que respeta la dignidad herida del que no consigue para la comida o la medicina. Aquí encontramos muchos rostros que han salvado su bondad y su ternura de los golpes recibidos. La capacidad festiva sorprende en vidas enteras asaltadas. El humor rompe en muchas ocasiones las situaciones extremas. Los golpes de la codicia o de la naturaleza arrasan con todo en unos minutos, pero desde las raíces brota la resistencia y la capacidad de recomenzar de nuevo. Por la mañana un ciclón arrasa un cultivo. Por la tarde se puede empezar a preparar la siembra de nuevo” (5).

Agradecidos por la esperanza que Dios nos da, y enriquecida ésta en la cercanía a los pobres y a los que sufren, se trata de compartirla. No es fácil en estos tiempos de sufrimiento hablar y suscitar esperanza a nuestro alrededor, pero es necesario hacerlo. Pero hablamos de una esperanza auténtica, no de una esperanza barata o superficial. Como decía el Papa Francisco en su entrevista a las revistas de la Compañía de Jesús en septiembre pasado, no conviene confundir esperanza con un mero optimismo humano. La esperanza auténtica se funda en la promesa de Dios, y en la fe en un Dios que es siempre fiel a sus promesas.

Una tentación en este momento puede ser hacer discursos facilotes y superficiales sobre la esperanza, discursos facilones que muchas veces son propios de quienes tienen ya la vida resuelta y desde esa seguridad pretenden decir a los demás lo que tienen que hacer y esperar.

En concreto, hay dos discursos sobre la esperanza que me suelen resultar sospechosos de vaciedad. Uno, el discurso de una esperanza “indolora”, de una esperanza que no parte vitalmente de conocer y compartir de algún modo los sufrimientos de tanta gente: es esa una esperanza innecesaria o superflua, porque quien todo lo tiene no necesita esperar nada. Otro, el discurso de una esperanza que no sueña alternativas, que se limita a subrayar los aspectos positivos del presente, que los hay, y que es bueno detectar y

⁴ Jon Sobrino: “Liberación con espíritu. Apuntes para una nueva espiritualidad”, Sal Terrae, Santander, 1985, p. 153.

⁵ B. González Buelta: “Formar según San Ignacio en la escuela del pobre”. AA.VV. “Tradición ignaciana y solidaridad con los pobres”. Eds. Mensajero-SalTerrae, Bilbao-Santander, 1984, pp. 148-149.

agradecer, pero que no impiden desear un futuro más pleno de humanidad y justicia. Es ésta una esperanza muy plana, muy sin alma y sin pasión. Ambos pueden ser discursos formalmente correctos, discursos de una esperanza predicada porque toca o porque queda bien, pero no de una esperanza que se abre paso con dolor entre los sufrimientos del presente, que se abre paso como punto de luz entre la oscuridad. Esta esperanza fácil es una esperanza quizá tan sensata y razonable que, en la práctica, no necesita mucho de la fe en la promesa de Dios.

La esperanza que agradecemos y compartimos, que se vive como anhelo de quien sufre o comparte el dolor de los que sufren, es una esperanza en paradoja y tensión:

- Es, a un tiempo, impaciente y paciente. Impaciente porque un corazón sensible a los sufrimientos de tantas personas no puede descansar y desea que las cosas cambien cuanto antes, pero también paciente porque sabe que ni es fácil, ni va a ser cuestión de pocos días, transformar la actual globalización de la indiferencia en una globalización de la solidaridad;
- Es, a un tiempo, tarea y deseo. Tarea y compromiso con el presente, a pesar o porque no nos gusta, y no indiferencia, desdén o desencanto, pero deseo de un futuro distinto el que soñamos y creemos, quizá para otros, porque seguramente no será el nuestro;
- Es, finalmente, y a un tiempo, debilidad y fortaleza. Porque nuestra esperanza se siente débil y flaquea muchas veces ante tanta amenaza, escepticismo y desconfianza como nos encontramos, ante los propios fracasos o impotencias, pero, sin embargo, experimenta que de todo ello sale fortalecida y más afirmada en su auténtico fundamento que no es nuestro poder, sino la fuerza de Dios.

Esta es la esperanza que agradezco a Dios y a quienes me han acompañado y acompañan en ella, la esperanza desde la que hoy me he presentado ante vosotros y he dicho lo que he dicho, y la esperanza que me gustaría y me alegraría haber compartido con vosotros.

Darío Mollá Llácer sj
Valencia, febrero de 2014